BREVE CATECISMO

DE LAS MADRES:

MISION,

DEBERES, PELIGROS Y REMEDIOS,

POR

Gabino Chávez, Pbro.

(Con licencia del Ordinario.)

IRAPUATO.

Establecimiento Tipográfico de Vargas.

1892.

BREVE CATECISMO

DE LAS MADRES:

MISION,

DEBERES, PELIGROS Y REMEDIOS,

POR

Gabino Chávez, Pbro.

1892

Vulgarizar las enseñanzas de nuestra Religión, hoy tan olvidadas; manifestar la oposición que con ellas tienen las máximas del siglo, tan preconizadas y tan en boga; llamar la atención á las madres cristianas acerca de la nobleza y grandeza de su misión: advertirles la importancia de sus deberes, y el modo de cumplirlos, abriendo las páginas de la Santa Escritura; mostrarles la inminencia de sus peligros, y el rigor de los castigos con que Dios las amenaza; y señalarles los medios prácticos mas á proposito para libertarse de unos y otros; y todo ello en lenguaje popular y llano, y en forma muy breve: he aquí lo que nos hemos propuesto en este Catecismo que ponemos bajo los auspicios de la que es, no solo la Virgen de las virgenes sino también la Madre de las madres, y Madre de Dolores María Santísima. ¡Ella nos alcance el fruto que pretendemos!

Jueves santo, del año de 1892.

J. Ch., Pbro.

BREVE CATECISMO DE LAS MADRES:

Misión, deberes, peligros y remedios.

I.

—¿Cuál es la misión de las madres de familia?

—Es una misión en cierto modo apostólica; porque tienen que iniciar á sus hijos en la vida cristiana; tienen que formarlos en la piedad, enseñándoles la Religión, y tienen que educarlos en la moral evangélica.

—¿Cómo deben iniciarlos en la vida cristiana?

—Acostumbrándolos desde muy pequeños á persignarse y dar gracias al levantarse y acostarse; haciendo que las primeras palabras que pronuncien sean los nombres de Jesús y de María; encomendándolos á Dios por medio de su ángel custodio, y dándoles á reconocer y á reverenciar las imágenes de los santos.

—¿Y cuáles madres faltan á estos deberes?

—Las que descuidan de cumplirlos, las que se fían para ello de manos extrañas, las que lo hacen mal ó raras veces, las que llevan una vida mundana y disipada; pues es imposible enseñar la piedad quien no la tiene ni la ama.

—¿Quiénes los cumplen?

Las que saben levantarse á buena hora y vencer la pereza; las que ruegan á Dios todos los dias por sus hijos; las que recuerdan á menudo que han de dar cuenta al Señor de todos ellos; las que nunca se cansan de hacer estos dulces oficios por sí mismas.

—¿Cómo deberán formarlos en la piedad y enseñarles la Religión?

—Inculcándoles desde muy tiernos la devoción á la Virgen Santísima; haciendo que lleven al cuello su rosario y alguno de sus escapularios: imponiéndolos á besar sus imágenes y á visitar sus Santuarios, leyéndoles libros adecuados á su capacidad, donde aprendan los misterios y dogmas de la Religión.

—¿Quienes faltan á estas obligaciones?

—Las madres que no hacen nada de esto; las que asustan á los niños pequeños con las imágenes; las que los amenazan con rezar el Rosario, ó los castigan con llevarlos á la Iglesia; las que los dejan jugar con el rosario, ó con relicarios ú otros objetos del culto.

—¿Porqué no se les debe amenazar ó castigar con las cosas piadosas?

—Porque de ese modo las miran con miedo, con repugnancia, y hasta con horror y con odio.

—¿Pues qué debe de hacerse?

—Lo que hacen las madres prudentes y juiciosas: darles á desear el rezo, la ida al templo, las prácticas piadosas, como una recompensa, como recreo y gozo; y por el contrario, mostrarles la privación de ello como castigo por sus faltas. Así se logra que vean lo bueno con ojos favorables, y que vayan amándolo, y detestando lo malo.

—¿Qué más deberán hacer las madres por la moral de sus hijos?

—Cuidarlos como á la pupila de sus ojos; no mandarlos á pasear con personas extrañas;

no dejarlos allanarse y familiarizarse con los criados; no dejarlos todo el dia, y mucho menos por la noche, en casa de sus deudos ó personas menos timoratas. El descuido en este particular es casi siempre causa de la pérdida de la inocencia de los niños y de su inmensa ruina.

—¿Y de las escuelas, qué me decís?

—Que es preciso hoy más que nunca vigilar en que sean solidamente católicas; por que habiendo en nuestro suelo tantas sectas heréticas, sociedades secretas, gentes incrédulas y aun ateas, es espantoso hoy el peligro, y por consecuencia mayor la obligación de vigilar, en los padres de familia. El gasto que se hace en la educación de los hijos es un gasto sagrado, y muchos padres no lo comprenden; de allí es, que por evitarlo, prefieren las enseñanzas mortíferas que envenenan gratis los corazones.

—¿Pues qué debe de hacerse?

—Sacrificarse por la salud de los hijos, y aprovechar las enseñanzas gratuitas católicas, que tampoco faltan, cuando realmente no haya recursos para proporcionarles otra más conveniente.

II.

—¿Qué debe temer la madre, especialmente de sus hijos varones?

—El orgullo y el encaprichamiento que muestran desde niños: es preciso reprimirlos con mano fuerte, hacerse obedecer á toda costa, y no dejar salir al hijo con sus necios caprichos.

—¿Qué madres faltan en esto?

—Aquellas, numerosísimas por cierto, que no tienen más que caricias perpétuas para los ni-

ños, regalos y ternezas; pero nunca correcciones ni castigos. Este es el gran defecto de las madres en México: sobra de mimos y cariños: falta completa de rigor racional y de castigos para con sus hijos.

—Pero el espíritu del siglo mira hoy con horror á los padres que emplean con sus hijos el rigor sensible; ¿sería preciso pasar por no ser uno ya de la época?

—Es la verdad; pero la prudencia del siglo es necedad delante de Dios, y es mejor creer á la Santa Escritura que á todas las sabidurías del siglo, y á las vanas ideas de los mundanos.

—¿Pues qué dice la Sagrada Escritura á ese respecto?

—Bueno es que las madres pesen sus palabras: "El que perdona la vara, aborrece á su hijo." (Prov. XIII. 24.) "No quieras quitar al niño el castigo, y si le azotas con la vara no ha de morir por ello." (Id. XXIII, 13.) "Si tú le azotas con la vara, librarás su alma del infierno." (Id. 14.) "La vara y la corrección dá sabiduría, mas el niño que se deja á su voluntad, avergüenza á su madre." (Id. XXIX. 15.)

—Mas ¿qué, el Espíritu Santo realmente mandará azotar con vara?

—La vara significa el castigo corporal y sensible, aunque al pié de la letra no se aplique con vara; mas hay que notar las expresiones enfáticas de la Santa Escritura; porque, lo primero, asegura que una madre que no castiga físicamente al niño, lo aborrece; de suerte que lo que parece amor y cariño, ante Dios, es verdadero odio; y dá la razón en el otro texto:

porque el castigarlo es librarlo del infierno, luego el no hacerlo es dejarlo caer en él, que mayor odio no puede haber. Dice además, que el niño sin corrección, causará confusión á su madre, es decir, la avergonzará un dia con sus hechos y torpe conducta; y burla la delicadeza exajerada de las madres, diciendo que no morirá el hijo del castigo, como algunas parecen temer, no temiendo echarlos al abismo.

—¿Qué otra cosa dicen los Libros santos acerca de esto?

—En el Capítulo treinta del Eclesiástico, habla mucho en el particular, y de él entresacamos estos consejos: "El que ama á su hijo le frecuenta los azotes, para que en sus novísimos se alegre, y no ande tocando las puertas de sus próximos. Quién enseña á su hijo será en él alabado, y se gloriará entre los de su casa. Quien enseña á su hijo, pone en celo al enemigo, y entre sus amigos en él se gloria.

"Asi como el caballo indómito se hace duro, asi el hijo remiso se hace precipitado. Lacta al hijo y te llenará de pavor; juega con él y te contristará. No te pongas á reir con él, para que no te pese algún dia. No le dés potestad en la juventud, antes doblega su cerviz y vapula sus costados mientras es niño. Enseña á tu hijo y trabaja en él, para que no tropieces en su torpeza."

—¿Qué hay que notar en estas palabras?

—Lo primero, que insiste el Espíritu Santo en que el hijo se castigue cuando niño, y con frecuencia; lo segundo, que promete á los padres alegría y regocijo si educan bien á los hijos, y

á ambos felicidad en sus novísimos; lo tercero, que amenaza con lo contrario, es decir con pavor, tristeza, confusión y vergüenza, á los que no lo hacen; lo cuarto, que á los mismos hijos anuncia la mendicidad y varios males si no son corregidos.

—¿Mas por qué dirá que quien lacta al hijo tendrá pavor, puesto que el lactarlos es obligación de las madres?

—Habla de los hijos en mayor edad, y es una figura: pues es como si dijera: regala al hijo, mímalo, consiéntelo, trátalo, con blandura y muellemente, y despues te llenará de sustos, de aflicción y de pavor.

—Y¿porqué añadirá, trabaja en él?

—Para significar que la educadión es obra importante, laboriosa, y que necesita diligencia, estudio y cuidado. Muchos no quieren tomarse este trabajo.

—¿Y el no darle potestad, y doblegar su cerviz, qué significa?

—No darles libertad, licencia y facultad para ir y venir, y manejarse por sí mismos, sino doblegarlos con el trabajo, que es un peso y carga que encorva, evitándoles el ocio y holganza, fuentes de mil males.

—¿Y el tropezar en su torpeza, que indica?

—Indica que los padres algún dia tendrán que sufrir confusión y vergüenza, con la ignominia, los escándalos y la mala fama de sus hijos.

III

—¿Y de las hijas en particular, qué nos dicen las Sagradas Letras?

—Dicen así: "En la hija que no se recata afir-

ma el cuidado, no sea que hallada la ocasión, abuse de sí." (Eccli. XXVI. 13.) quiere decir, si tienes una hija que no se aparte de las miradas y trato de los jóvenes, sino que á todos libremente mire, y todo lo observe, y todo lo recorra, atiéndela y guárdala, para que dada la ocasión, no abuse de su libertad entregándose á la lasciva incontinencia, y liviandad.

—¿Y no insiste en ello el Libro sagrado como en lo de los hijos?

—Sí; varias veces en el mismo libro: por ejemplo, en el capítulo séptimo dice: "si tienes hijos, edúcalos y doblégalos desde su juventud; si tienes hijas, guarda su cuerpo y no les muestres rostro alegre."(Eccli. VII. 27.)

—¿Y cómo puede hacerse esto?

—Dice un docto intérprete: "esto harás, si las contienes en su casa, si las apartas de los jóvenes, de los convites, de los bailes y de los teatros. Además, si tu hija siempre tiene á su madre por compañera, si sus sirvientes son castos y púdicos, si nunca escucha palabras indecentes, si continuamente se le inculca el amor á la pureza y al pudor, y el más grande horror á la impureza, entonces se le guarda su cuerpo según este consejo del Espíritu Santo." *(Alapide.)*

—¿Mas no es extraño que recomiende ponerles á las hijas mal semblante?

—Esto se hace, (dice el mismo piadoso autor,) tanto para reprimirles la ligereza, libertad y osadía, con la severidad del semblante, cuanto para inspirales respeto y pudor, á fin de que no se atrevan á ofenderte; y también para que con las caricias y blandura de su mismo padre,

no se acostumbren á aficionarse á los hombres, haciéndose más libres é inverecundas con ellos.

—Decís que varias veces repite la misma recomendación?

—Varias veces, para que mejor se conozca su importancia: en otra parte dice: "Asegura el cuidado sobre tu hija liviana, no sea que te haga venir á ser el oprobio de los enemigos por la murmuración de la ciudad, y la oposición del pueblo, y te avergüence entre la multitud de la gente" (Eccli. XLII. 11.) Es decir, como explica siempre Alápide, que á la hija procaz, impudente, ligera y propensa á la liviandad, es preciso guardarla con mucho cuidado porque si se le permite tratar libremente con los jóvenes, se perderá y llenará de oprobio á sus padres, haciéndolos la fábula y el escarnio del vulgo.

—Y en cuanto á permitirles á las hijas desposarse ¿no dice algo la Sagrada Escritura?

—Dice: "Entrega tu hija á un hombre sensato, y harás una obra grande" (Eccli. VII. 27.) Llámala obra grande, explica Cornelio, porque es una cosa difícil y útil, tanto á los padres que se libran de grandes molestias y responsabilidades colocando á sus hijas, como á estas, cuyo pudor se asegura poniéndolas en estado honesto, y á la república que con la prole crece en número, oficios y méritos" Mas adviértase que se trata de darla á un varón sensato, y esa es la dificultad, y por eso se llama obra grande.

—¿Y si la hija no es llamada al matrimonio?

—Entónces puede entenderse el texto en sentido figurado, y el Varón sensato á quién se

entrega, será Jesucristo, Esposo de las Vírgenes, siendo entónces la obra tanto más grande, cuanto más grande es Dios que los hombres, y cuanto más grande es la virginidad que el matrimonio.

—¿De suerte que el consejo de la Escritura, no se reduce precisamente á dar á las hijas el estado del matrimonio?

—No: sino á que se les ha de dar oportunamente el estado que elijan y á que se sientan inclinadas, ó como dice el catecismo, á darles estado no contrario á su voluntad.

IV.

—¿Cuáles son los peligros de las madres?

—Todos los de los hijos: el peligro de que salgan caprichosos, obstinados, soberbios, iracundos; el peligro de que las hijas salgan ligeras, livianas, impúdicas, desenvueltas, presuntuosas, amantes del lujo y de las vanidades; el peligro de que unos ú otras, salgan poco amantes, ó aun enemigos de la Religión, poco piadosos, y aun impíos, inmorales é irrespetuosos.

—¿Cómo se incurre en estos peligros?

—Educando á los hijos según las costumbres del dia; mimándolos, acariciándolos en demasía, dándoles una libertad que no les conviene, fomentando el lujo en las hijas, llevándolas al teatro y á los bailes so pretexto de *cultura*, y dejándolas familiarizarse con los varones para que tengan *trato*.

—¡Son demasiados los peligros de las madres!

—No es eso todo; hay ahora gran peligro en las lecturas: novelas numerosas y malsanas ensalzando el suicidio, pintando con hermosos co-

lores el adulterio, burlando las órdenes religiosas, y escarneciendo lo más sagrado, pululan por todas partes; préstanselas las jóvenes unas á otras con insaciable empeño, escóndenlas de los ojos de las madres, si es que ellas mismas no se las facilitan y recomiendan, ó por lo menos les dan el ejemplo manejando delante de ellas esa clase de libros.

—Y esos libros los conoce la Iglesia?

—No solo los conoce, sino que los tiene severamente prohibidos; todas las novelas de los autores de más fama como Dumas, Víctor Hugo, Jorge Sand, los dos Cock, etc., etc., están puestas en el Indice de los libros prohibidos, y es pecado grave el no respetar esa disposición de la Iglesia; y si se trata de libros que además de la moral, atacan al dogma, hay también excomunión para quien los lee ó los conserva.

—Pero advierto que todo eso vá contra los usos y costumbres actuales, pues hoy se usa dar libertad á los hijos, recomendar en las escuelas que nunca se les castigue con cosas dolorosas, dejarlos tratar con sus iguales, independerlos desde muy temprano, llevarlos á todo lo que es de diversión y de recreo; en fin, todo lo contrario á lo que se estaba diciendo: ¿cómo conciliar los deberes de la Religión con los usos de la época?

—No hay que intentar tal conciliación, pues dice el Espíritu Santo, que no puede haber ninguna entre Cristo y Belial, ni entre la luz y las tinieblas, (2. Cor. VI. 15.) y el Señor Pio IX, dijo, que la Iglesia no podía conciliarse con el

progreso y la moderna civilización, (que son pura corrupción.) Lo que se infiere, pues, de esa oposición entre las máximas y costumbres actuales con la ley de Dios, es, que el mundo no ha dejado de ser, como siempre ha sido, uno de los tres enemigos del alma, y que el modo como nos tienta, es trayéndonos los dichos y usos de los mundanos.

—¿Pues qué debe de hacerse?

—Desechar las máximas del mundo y seguir á Jesucristo, no queriendo servir á un tiempo á dos señores, lo que el evangelio declara ser imposible. (Math. VI. 24.) Y añadiremos que este es tal vez el mayor de los peligros de las madres: el vivir entre los usos y las doctrinas más opuestas al espíritu de Dios, y verlas no obstante puestas en boga, y aún preconizadas como sabiduría y gran adelanto.

V.

—¿Pues qué medios y remedios podrán practicarse para librarse de los peligros y poder cumplir con tan graves obligaciones?

—Los remedios, solamente los tiene y enseña nuestra santa Religión: contra las máximas del mundo, las máximas del evangelio; contra los dichos y hechos de los mundanos, los dichos y hechos de los santos; contra las modas y las bogas del dia, las eternas verdades de la moral cristiana; contra los malos y perversos libros, los buenos, que no faltan, y los Libros sagrados sobre todo.

—¿Mas para atinar á escoger lo bueno y dejar lo malo, qué hacer?

—Buscar un director prudente é instruido;

frecuentar los sacramentos; llevar una vida piadosa; una madre mundana jamás podrá sacar una hija que no lo sea; decir adiós desde el dia de su matrimonio á las vanidades y diversiones del mundo, considerando la alteza de la misión de una madre, y cómo el Señor derramó su preciosa sangre, á fin de santificar la unión del hombre y la muger, elevando el contrato matrimonial á la dignidad de sacramento.

—¿Qué otros medios pueden tomarse?

—Ejercitarse en buenas lecturas. Son dignos de recomendarse á la madres, la Muger fuerte y la Muger piadosa del Señor Landriot, la Muger cristiana de madama Mercey, los deberes de la muger cristiana por la señora Livia Bianchetti, el Manual de las Madres cristianas, de Roca y Cornet, la vida de Virginia Bruni, del Padre Ventura de Ráulica, y la Muger catolica, célebre obra del mismo. Además, deben recomendarse las Vidas de Santa Mónica y de Santa Juana Francisca de Chantal, del Señor Bougaud, las de Santa Paula y sus hijas, del Abate Lagrange, la de Santa Rita de Casia, que trae muchas instrucciones para las madres, y aun la de Santa Catalina de Génova, la de Santa Francisca Romana y otras santas que se santificaron en el estado del matrimonio.

—¡Pero esos libros formarian un estante lleno!

—Nada hay que extrañar; pues muchas tienen estantes llenos de malditas novelas, y de libros ligeros é inútiles, oportunísimo sería que se formasen colecciones de obras sólidas y cristianas, en las qüe pudiese hallarse al mismo tiempo soláz y provecho, y que las Asociaciones

de Madres podrían comprar para formarse como una biblioteca común, escogida aunque pequeña.

—¿Qué otros medios asignais todavía para el uso de las madres?

—El entrar en las Asociaciones que para ellas hay establecidas: como la de Santa Mónica, el meditar en la octava estación del Viacrucis que toda les pertenece, y practicar la lección que Jesucristo dió allí á las madres, diciéndoles: "llorad por vosotras y por vuestros hijos," temiendo los castigos con que las amenaza á ellas allí también en particular; pues hablando de la ruina de Jerusalén, figura del dia del juicio, anunció que en aquel dia se dirá: "bienaventurados los vientres que no concibieron y los pechos que no amamantaron," (Luc. XXIII. 29.) como si dijera: "bienaventuradas el dia del juicio las que no fueron madres, ni tuvieron responsabilidad de tales."

—¿Qué tan peligrosa es la suerte de las madres?

—Tanto, que su juicio y su infierno han de ser más terribles.

—¿De donde inferis eso?

—No tengo que inferirlo, sino solo creerlo á la palabra de Dios que nos dice: "Durísimo juicio se hará á los que presiden." (Sap. VI. 6.) ó gobiernan, pues claro es que las madres están comprendidas en este número. Y esto, en cuanto al juicio; que en cuanto al infierno, dice: "Los que ejercen potestad, poderosamente serán atormentados," (Id. 7) palabra que evidentemente comprende á los padres de familia, que e-

jercen potestad sobre sus hijos.

—Y ¿qué podrá hacerse para evitar tan terrible desgracia?

—Ya lo hemos dicho: conservar y aún aumentar la gracia de la vocación, por medio de la frecuencia de sacramentos: tener una especial devoción á la Madre de las madres y modelo de todas, María santísima; tenerla con Señor San José, patrón de los padres de familia; tenerla con los ángeles custodios de los hijos; mirar al mundo y sus máximas con horror dirigiéndose solo por las del Evangelio, y meditando las grandes verdades que hemos insinuado de la noble misión de las madres, de sus espantosos peligros, de su terrible responsabilidad, de las lágrimas por sí y por sus hijos que el Señor les manda derramar, y del durísimo juicio y poderosos tormentos que les esperan, si no cumplen hasta donde les es posible con sus obligaciones. Un medio excelente de santificarse á sí y á sus familias, es plantear en sus casas la práctica del santo Rosario rezado en reunión todos los dias, como tanto lo ha recomendado el actual Pontífice, el Señor León XIII. Practiquen las madres estos consejos, y Dios les ayudará á desempeñar debidamente sus penosos deberes, preparándoles también muy dulces recompensas!